



Carlos Morales

Un sistema de becas demasiado generoso

clamaba por espacio en las aulas universitarias. Tal crecimiento desmesurado, que convirtió a una universidad prevista para 10.000 alumnos en un complejo atomizado de casi 26.000 estudiantes, constituyó un golpe violento que impedía la rápida adecuación de los mecanismos a la realidad novedosa. A pesar de la buena voluntad de los universitarios, de reuniones y congresos, muchos problemas tuvieron que irse resolviendo a la velocidad vertiginosa del crecimiento de la demanda.

Se fueron atendiendo muchas necesidades y eso no deja de ser una heroicidad de las autoridades universitarias, pero al mismo tiempo se fueron creando otros problemas y se continuó arrastrando algunos ya viejos. El generosísimo sistema de becas, que había sido una gran conquista estudiantil en otro tiempo, comenzó a ser desde 1964 para acá, un peligroso tumor que ahora se reconoce y detecta. Inspirado en una prestación del Estado hacia los jóvenes que deseaban educarse, el Patronato de Becas brindó enormes facilidades al alumno para que permaneciera en la Universidad. Se crearon entonces estímulos para la juventud y poco a poco la institución fue considerando conveniente ofrecer nuevos acicates a muchachos que destacaban en alguna actividad. Así crecieron los grupos deportivos, los culturales, dramáticos, musicales, etc., y, dentro de esa abundosa

estimulación, comenzó a ofrecerse becas a prácticamente todo el mundo. Claro, el sistema de becas pasó a ser una especie de centro de beneficencia, donde obtenían ayuda —y en algunos casos granjería— estudiantes, profesores, hijos de profesores, empleados administrativos, hijos de empleados, representantes estudiantiles, profesores ad honores, asistentes de cátedra, jugadores de fútbol, baloncesto, volibol, ajedrez, natación, boxeo, judo, karate, músicos, cantantes, actores y cien rangos más para no precisar.

Se dio —y se da— entonces el caso, de que un niño rico, proveniente del Colegio Lincoln, donde sus padres pagaron por la enseñanza secundaria hasta ₡900 por mes, en la Universidad de Costa Rica no pagaba un diez por ser músico, futbolista, hijo de empleado, representantes estudiantil o, en último caso, poseer matrícula de honor.

En ese estado de cosas, el Patronato de Becas comenzó a ser cuestionado, pero siempre intervinieron las presiones de los beneficiados, para que no se llegara a una transformación total del sistema, con lo cual, la Universidad estaba regalando los estudios a más de la mitad de sus 20.000 alumnos.

Las cifras parecen de una película de terror, pero no hay nada de eso, ya las cité hace unos 10 meses en un reportaje de investigación que publiqué en La Nación y aparte de algunos interesados que de-

fendieron tesis contrarias, la Universidad jamás las desmintió, como no hubiera podido hacerlo, puesto que ella misma me las había servido.

El mencionado reportaje se publicó a propósito de una de las tantas crisis económicas que —como la de ahora— pasaba la institución y relacionaba ese déficit con los bajos costos de la matrícula y el injusto sistema de becas.

El tiempo viene ahora a dar la razón a quienes pensamos que el sistema de becas de la Universidad de Costa Rica, por amplio, es terriblemente injusto, pero lo importante no es quién tenga la razón, lo importante, lo que tiene verdaderamente trascendencia, es que el rector Claudio Gutiérrez y el Consejo Universitario, se han dispuesto a meterle el diente a ese globo de viento que son las becas a los ricos y, de allí, no cabe duda que saldrá un recogimiento de las velas y una repartición más equitativa y justa de las ayudas que la institución ofrece a sus mejores alumnos con escasos recursos comprobados.

Si la institución se apresta a elevar las cuotas, a restringir las granjerías de tanto becario con plata y más tarde le entra al problema de la burocratización, es posible que esté dando el primer paso para que más tarde el Estado le lance una mano y la saque para siempre del papel de pordiosera que desgraciadamente le ha deparado la falta de presupuesto.

La Universidad de Costa Rica es una institución que al influjo de la explosión demográfica de los 50, ha tenido que crecer desmesuradamente. Al llegar a los 18 años de edad los niños que en 1950 llevaron al país hasta una de las más altas tasas de natalidad del mundo, el Alma Máter se vio obligada a hacer frente a un fenómeno para el cual —por la misma falta de planificación de ahora— no estaba preparada.

Tuvo que aprestarse a la ampliación de sus terrenos, de sus edificios, de sus programas y de todo su sistema administrativo que, poco a poco, fue originando el gigante blanco de la burocracia que hoy la domina. Los mismos centros regionales, iniciados en 1968, son consecuencia de esa presión juvenil que